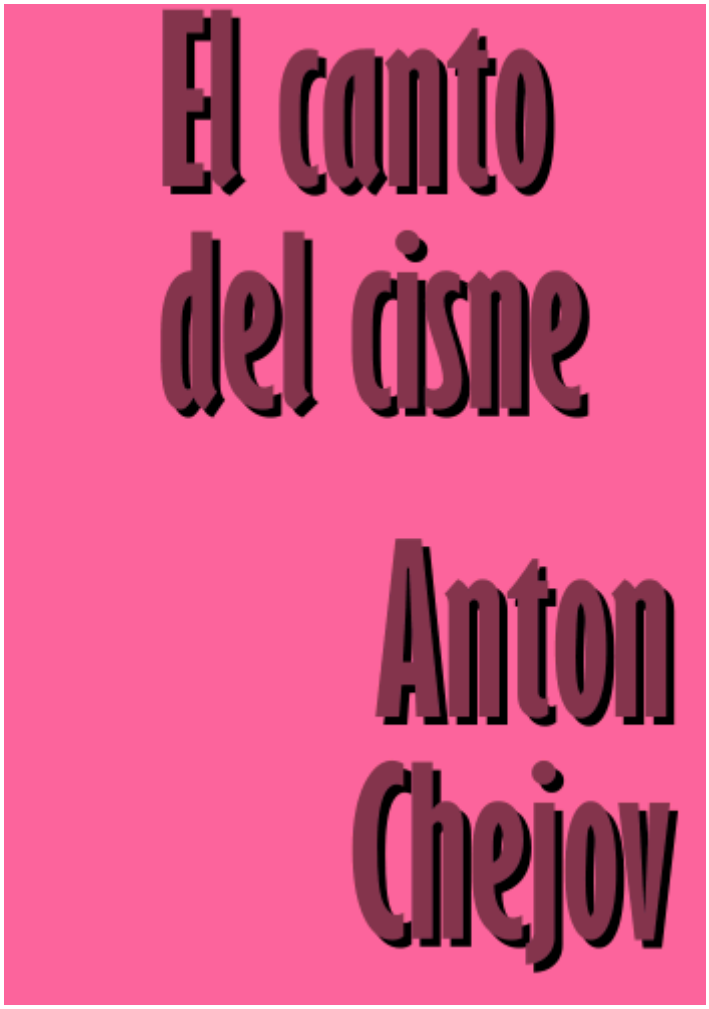
LIBRO dot.com

El canto del cisne

Anton Chejov



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PERSONAJES

VASILII VASILIEVICH SVETLOVIDOV

actor cómico. Viejo de sesenta y ocho años.

NIKITA IVANICH

apuntador. Otro viejo.

La acción tiene lugar por la noche, en el escenario de un teatro de provincia, y después de terminado el espectáculo.

Acto único

Escenario vacío de un teatro de provincia de segundo orden; a la derecha una hilera de puertas, toscamente construidas y desprovistas de pintura, abren sobre los camerinos. Todo el plano izquierdo y el fondo aparecen llenos de trastos viejos. Caído en el suelo en el centro del escenario hay un taburete.

Es de noche y reina la más completa oscuridad.

ESCENA PRIMERA

SVETLOVIDOV, vestido de Kaljas y con una vela en la mano, sale riendo del camerino.

SVETLOVIDOV

-¡Vaya historia!... ¡Vaya bromita!... ¡Me quedé dormido en el camerino!... ¡La función terminó hace tiempo, todo el mundo se fue del teatro, y yo me dormí tan tranquilo!... ¡Ah, viejo chocho..., viejo chocho!... ¡Eres un viejo perro!... ¿Conque bebiste hasta el punto de dormirte sentado?... ¡Muy bien! ¡Te felicito! (Alzando la voz.) ¡Egorka! ¡Egorka!... ¡Diablo!... ¡Petruschka!... ¿Os habéis dormido, cien diablos y una bruja?... ¡Egorka!... (Levanta el taburete, se sienta sobre él y pone la vela en el suelo.) No se oye nada. Solo contesta el eco... ¡Es claro!... ¡Egorka y Petruschka cobraron hoy de mí, por sus afanes, tres rubios cada uno, y ahora ni echándoles perros puedes dar con ellos... ¡Los muy canallas se largaron, cerrando, seguramente, el teatro al salir!... (Moviendo la cabeza.) ¡Uf!... ¡La de vino y cerveza que me habré echado hoy al estómago para festejar mi beneficio!... ¡Dios mío!... ¡Me parece tener el cuerpo lleno de brasas y veinte lenguas pasando la noche en mi boca!... ¡Qué asco!... (Pausa.) ¡Qué tonto! ¡El viejo tonto se emborracha sin saber él mismo para qué!... ¡Uf!... ¡Dios mío!... ¡Me duele la calamocha, estoy tiritando con todo el cuerpo, y tengo en el alma el frío y la oscuridad de una bodega!... ¡No sientes lástima de tu propia salud y, por lo menos en la vejez..., deberías pensar, bufón Ivanich!... (Pausa.) ¡Vejez!... ¡Por mucho que se haga uno el

valiente, que se engañe a sí mismo y no quiera enterarse..., la vida ya está vivida! ¡Sesenta y ocho años es una edad respetable!... ¡A los años no se les puede hacer volver! ¡Se ha apurado ya el contenido de la botella, y solo queda un poquito en el fondo!... Pero ¡eso que queda son posos!... ¡Así es! ¡Así es, Vasiuscha!... ¡Lo quieras o no, ya es hora de que empieces a ensayar el papel de muerto! ¡La madrecita muerte no está ya lejos!... (Mirando frente a él.) ¡Llevo cuarenta y cinco años trabajando en el teatro, y se me figura que hoy es la primera vez que le veo por la noche!... ¡Sí!... ¡La primera vez!... ¡Es curioso! (Acercándose a las candilejas.) No se distingue nada. Un poco solamente la concha del apuntador... También el palco proscenio..., el atril... Pero todo el resto son tinieblas!... ¡Lo mismo que un hoyo!... ¡Negro y sin fondo!... ¡Como una tumba en la que se escondiera la misma muerte, brrrrr!... Tengo frío... El aire de la sala parece venir de una chimenea de piedra... Resulta mas adecuado para convocar los espíritus. ¡Qué miedo, diablos! ¡Siento un hormigueo por la espalda! (Llamando.) ¡Egorka! ¡Petruschka!... ¿Dónde estáis, diablos?... ¡Dios mío!... ¿Por qué me habré acordado del maligno?... ¡Ay!... ¡Dios mío!... ¡Lo que tienes que hacer es dejar de emplear palabras así!... ¡Tienes que dejar de beber!... ¡Eres viejo y ya es hora de que te mueras!... ¡A los sesenta y ocho años, la gente va a misa temprano! ¡Se prepara para la muerte!... ¡Tú, en cambio!... ¡Oh Dios mío!... ¡Esas palabras malignas! ¡Esta carota de borracho! ¡Este traje de bufón!... ¡Ojalá no los vieran más mis

ESCENA II

SVETLOVIDOV y NIKITA IVANICH

SVETLOVIDOV

-(Lanzando un grito de espanto al ver a NIKITA IVANICH, y retrocediendo.) ¿Quién eres? ¿Por qué vienes? ¿A quién buscas? (Dando patadas en el suelo.) ¿Quién eres?

NIKITA IVANICH

-Soy yo, señor.

SVETLOVIDOV

-¿Y quién eres tú?

NIKITA IVANICH

-(Acercándosele despacio.) Soy yo... El apuntador... ¡Nikita Ivanich!... ¡Soy yo, Vasil Vasilich!

SVETLOVIDOV

(Dejándose caer sin fuerzas sobre el taburete, con la respiración fatigosa y un temblor en todo el cuerpo.) ¡Dios mío!... ¡Quién es!... ¿Conque eres tú, Nikituschka!... ¿Por qué estás aquí?

NIKITA IVANICH

-Suelo quedarme a pasar la noche en los camerinos..., pero..., ¡hágame la merced!... ¡No le diga nada a Aleksei Fomich!... ¡A fe mía que no tengo donde dormir!... ¡Créamelo!

SVETLOVIDOV

-¡Tú, Nikituschka!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Dieciséis veces me llamaron a escena! ¡Me obsequiaron con tres coronas y otra porción de cosas!... ¡Todo el mundo estaba entusiasmado... y, sin embargo, no hubo un alma que tuviera la buena ocurrencia de despertar al viejo borracho y llevárselo a casa!... ¡Soy viejo, Nikituschka!... ¡Tengo sesenta y ocho años!... ¡Estoy enfermo! ¡Mi espíritu débil sufre!... (Reclina la cabeza sobre el apuntador y llora.) ¡No te vayas, Nikituschka!... ¡Soy viejo! ¡Estoy enfermo y ya es hora de que me muera!... ¡Qué miedo! ¡Qué miedo!...

NIKITA IVANICH.

-(Afectuosamente, pero en tono respetuoso.) De lo que es hora es de que se vaya a casa, Vasil Vasilich...

SVETLOVIDOV

-¡No me voy!... ¡No tengo casa!... ¡No, no y no!

NIKITA IVANICH

-¡Dios mío!... ¿Ha olvidado, acaso, dónde vive?

SVETLOVIDOV

-¡No quiero ir allí! ¡No quiero!... ¡Allí estoy solo, no tengo a nadie, Nikituschka!... ¡Ni parientes, ni vieja, ni hijos!... ¡Estoy tan solo como el viento en el campo!... ¡Cuando me muera, nadie se acordará de mí!... ¡Me da miedo la soledad! ¡No tengo a nadie que me acaricie, que me dé calor, que acueste al borracho en la cama!... ¿De quién soy?... ¿Quién me necesita?... ¿Quién me quiere?... ¡Nadie me quiere, Nikituschka!

NIKITA IVANICH

-(Entre lágrimas.) ¡El público le quiere, Vasil Vasilich!...

SVETLOVIDOV

-¡El público se fue! ¡A estas horas está durmiendo y no se acuerda de su bufón!... Sí... ¡Nadie me necesita! ¡Nadie me quiere! ¡No tengo mujer ni hijos!

NIKITA IVANICH

-¡Vaya cosa que le da pena!

SVETLOVIDOV

-Pero ¡soy un hombre!... ¡Un ser viviente!... ¡Por mis venas fluye sangre, no agua!... ¡Soy noble de nacimiento y, antes de meterme en este hoyo, serví en el ejército.... en artillería!... ¡Y qué buen mozo era! ¡Qué guapo!... ¡Qué hombre cabal, valiente e impetuoso!... ¡Dios mío!... ¿Adónde fue a parar todo?... Y luego, Nikituschka..., ¡qué actor fui!... (Levantándose y apoyándose en el brazo del apuntador.) ¿Dónde están ahora aquellos tiempos?... ¿Adónde se fueron?... ¡Dios mío!... ¡Hoy, precisamente, mirando este hoyo, lo recordé todo!... ¡Él es el que ha devorado cuarenta años de mi vida!... ¡Y qué vida, Nikituschka! ¡Mirándola ahora, la veo toda entera, hasta en su último detalle, y tan claramente como tu cara!... ¡Primero, el entusiasmo de la juventud..., la fe, el ardor, el amor de las mujeres! ¡Las mujeres, Nikituschka!...

NIKITA IVANICH

-¡Debe marcharse a dormir, Vasil Vasilich!

SVETLOVIDOV

-De galán joven, cuando no había hecho más que empezar a calentarme, recuerdo que una mujer se enamoró de mí por mi talento escénico... ¡Era fina, esbelta como un sauce, joven, inocente, pura y ardiente como la aurora del estío!... ¡Ni la más bella noche podría resistir la comparación de la mirada de sus ojos azules ni de su sonrisa maravillosa!... ¡Si las olas del mar quebrantan las rocas..., las ondas de sus cabellos rompían las peñas, las montañas de hielo y los montones de nieve!... Recuerdo un día en el que estaba ante ella, como estoy ahora ante ti... ¡Más maravillosa que nunca, me miraba de un modo que no olvidaré hasta la tumba!... ¡En sus ojos había cariño, terciopelo, profundidad y resplandor de juventud!... ¡Yo..., radiante.... caí de rodillas ante ella pidiéndole que me diera la felicidad!... (Con voz que se apaga.) Me contestó así: «Deje el teatro.» ¡Dejar el teatro!... ¿Comprendes?... ¡Podía amar a un actor, pero nunca ser su mujer!... Recuerdo otro día en que estaba yo actuando... Hacía un papel de bufón... canallesco. Pues bien: mientras lo representaba, sentía abrirse mis ojos. Comprendía entonces que no hay tal sagrado arte, que todo es un delirio..., un engaño... ¡Que lo que soy es un esclavo, un juguete del ocio ajeno, un bufón, un titiritero!... ¡Comprendí al público y, desde aquel tiempo, no volví a creer ni en los aplausos, ni en las coronas, ni en los

entusiasmos!... ¡Sí, Nikituschka!... ¡El espectador me aplaude, paga un rubio por mi fotografía.... pero para él soy algo ajeno!... ¡Barro!... ¡Casi una «cocotte»!... ¡Por vanidad busca trabar conocimiento conmigo, pero no se humillará hasta el punto de darme a su hija o a su hermana por mujer!... ¡No creo en él!... (Sentándose pesadamente en el taburete.) ¡No creo en él!

NIKITA IVANICH

-Tiene usted muy mala cara, Vasil Vasilich... Hasta yo mismo tengo miedo... ¡Vámonos a casa! ¡Sea usted generoso!

SVETLOVIDOV

-¡Se hizo entonces la luz dentro de mí..., pero qué cara me costó esa luz, Nikituschka!... ¡Después de aquella historia..., de aquella muchacha..., me puse a vagar sin rumbo y a vivir sin sentido! ¡Sin mirar, al futuro!... Hacía de bufón, de gracioso, de payaso... Desmoralizaba las cabezas, pero... ¡qué artista era!... ¡Qué talento el mío!... ¡Enterré mi arte, lo vulgaricé, destrocé el lenguaje, borré mi propia imagen!... ¡Me devoró, me tragó ese hoyo negro!... ¡Antes no tenía conciencia de ello; pero hoy, al despertarme y echar la vista atrás, vi a mi espalda mis sesenta y ocho años!... ¡Ahora veo sólo la vejez! ¡La canción está cantada!... (Solloza.) ¡La canción está cantada!

NIKITA IVANICH

-¡Vasil Vasilich! ¡Padrecito! ¡Querido! ¡Tranquilícese!... ¡Dios mío!... (Llamando.) ¡Petruschka! ¡Egorka!

SVETLOVIDOV

-¡Y qué talento el mío! ¡Qué fuerza!... ¡No podrás nunca imaginar cómo era mi dicción! ¡Cuánto sentimiento y cuánta delicadeza había en ella! ¡Cuántas cuerdas suenan en este pecho! (Golpeándoselo.) ¡Podrían ahogarte!... Escucha, viejo... Espera... Deja que respire... Oye, por ejemplo, a «Boris Godunov»...

¡La sombra del terrible prohíjome!
¡Desde la tumba me nombró Dmitrii!
¡En torno mío sublevó a las gentes
y sentenció por víctima a Boris!
¡Sol zarevich!... ¡Basta!
¡Me avergüenza el humillarme
ante una altiva polaca!...

¿Qué?... ¿Mal?... (Con animación.) Espera. Ahora verás «El rey Lear». ¿Te das cuenta?... Un cielo negro.... lluvia, truenos... Brrrr... Relámpagos..., sssss..., rayando todo el firmamento, y entonces: «¡Soplad, vientos, hasta reventar los carrillos; soplad con rabia! ¡Cataratas y trombas, diluviad hasta sumergir los campanarios y anegar las veletas, y vosotros, relámpagos, pensamiento y obra en destello, precursores de los rayos rajadores de encinas, abrasad mi cabeza blanca; y vosotros, truenos retembladores, aplastad la redondez de la tierra, quebrad los moldes todos de la Naturaleza y dispersad por siempre los gérmenes que dan vida a seres ingratos!» (Impacientándose.) ¡Pronto! ¡Las palabras del bufón! (Dando patadas en el suelo.) ¡Dilas deprisa!

NIKITA IVANICH

-(Recitando el papel de bufón.) «¡Ay, tío; sequedades bajo techado son preferibles a estas mojaduras puertas afuera! Vuelve, buen tío, y pídeles perdón a tus hijas; mira que es una noche esta que no tiene compasión de los cuerdos ni de los locos.»

SVETLOVIDOV

-«¡Retumbe tu repleto vientre, escupe fuego, arroja agua! ¡Ni la lluvia, ni el viento, ni el trueno, ni el rayo son mis hijos; no os acusaré de ser crueles conmigo! ¡Oh elementos! Ni os di mi dinero, ni os llamé hijos, ni me debéis obediencia.»

NIKITA lVANICH

-¡Qué fuerza! ¡Qué talento! ¡Qué arte!

SVETLOVIDOV

-Veamos alguna cosa más... Algo para recordar los tiempos pasados. A ver... (Prorrumpiendo en alegre risa.) Del «Hamlet»... Empiezo... ¿Qué es lo que recito?... Esto: (En actitud de HAMLET.) «Ya están aquí las flautas... Dejadme ver una... Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, según me cercas de todos lados.»

NIKITA lVANICH

-«Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligación me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero también e inoportuno.»

SVETLOVIDOV

-«No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?»

NIKITA IVANICH

-«Yo no puedo, señor.»

SVETLOVIDOV

-«¡Vamos!»

NIKITA IVANICH

-«De veras que no puedo.»

SVETLOVIDOV

-«Yo te lo suplico.»

NIKITA IVANICH

-«Pero si no sé palabra de eso.»

SVETLOVIDOV

-«Más fácil es que tenderse a la larga. Mira, pon el pulgar y los demás dedos según convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca y verás qué lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los puntos.»

NIKITA IVANICH

-«Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonías... Como ignoro el arte...»

SVETLOVIDOV

-«Pues mira tú en qué opinión tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo más íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más agudo hasta el más grave de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer soñar. ¿Y juzgas que se me tañe a mí con más facilidad que a una flauta? No, dame el nombre del instrumento que quieras; por más que le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.» (Ríe y aplaude.) ¡Bravo! ¡Bis! ¡Bravo!... ¡La vejez!... ¡Qué diablos! ¡Aquí no hay vejez ninguna!... ¡Tontería todo!... La fuerza fluye tan rápida por mis tendones como el agua por la fuente!... ¡Esto significa juventud, frescor, vida!... ¡Donde hay talento, Nikituschka, no hay vejez!... ¿Estás aturdido, Nikituschka?... Espera... Déjame a mí también recobrar el sentido... ¡Oh, Dios mío!... Escucha esto... ¡Qué música, qué ternura, qué delicadeza!... Tsss. Silencio...

¡Queda es la noche ucraniana!
¡Transparente el cielo!
¡Brillan las estrellas!
¡Vencer su somnolencia,
no quiere el aire!
¡Las hojas del sauce de plata
apenas palpitan!...

(Se Oye ruido de puertas al abrirse.) ¿Qué es eso?

NIKITA IVANICH

-Petruschka y Egorka, seguramente, que habrán venido... ¡Es usted un talento, Vasil Vasilich! ¡Un talento!

SVETLOVIDOV

(Con fuerte voz y por el lado de donde llega el ruido.) ¡Aquí mis halcones!... (A NIKITA IVANICH.) ¡Vamos a vestirnos ¡No existe vejez ninguna! ¡Tontería todo! (Riendo alegremente.) ¿Por qué lloras?...¡Tonto querido!... ¿Por qué haces pucheros? ¡Eso no puede ser! ¡No está bien!... ¡Bueno, bueno, viejo!... ¡Basta ya de mirarme así!... ¿Porqué mirarme de esa manera? ¡Bueno, bueno!... (abrazándole entre lágrimas.) ¡No se debe llorar!... ¡Donde hay arte y donde hay talento, no hay ni vejez, ni soledad, ni enfermedades, y hasta la misma muerte parece otra! (Llora.) ¡No, Nikituschka!... ¡Nuestra canción está cantada!... ¡Vaya talento el mío!... ¡Lo que soy es un limón estrujado..., un clavo oxidado!... ¡Y tú, vieja rata de teatro, un triste apuntador!... ¡Vámonos! (Echa a andar.) ¡Vaya talento el mío!... ¡En obras serias, no sirvo más que para formar en el séquito de Fortimbrás! ¡Y aun para eso estoy ya viejo!... Sí... ¿Te acuerdas de este pasaje de «Otelo», Nikituschka?...

¡Adiós tranquilidad; adiós contento;
adiós brillo marcial y vastas guerras
que trocáis ambiciones en virtudes!
¡Adiós, adiós, relinchador caballo,
clarín sonoro, excitador redoble
del bélico tambor, pífano agudo,
estandarte real, noble cortejo
de pompas, vanidades y esplendores,
inseparables de la lid gloriosa!...

NIKITA IVANICH

-¡Qué arte! ¡Qué talento!

SVETLOVIDOV

-Y esto también:

¡Fuera de Moscú!
¡Aquí no vuelvo más!

¡A escape voime sin volverme atrás
en busca por el mundo de un rincón
do refugiar el sentimiento herido!...
¡Mi berlina! ¡Que traigan mi berlina!...

(Sale seguido de NIKITA IVANICH. El telón baja lentamente.)